

BREVE DISCURSO A LOS PSIQUIATRAS

Jacques Lacan

Petit discours de Jacques Lacan aux psychiatres. En el Cercle
Psychiatrique H. Ey, Sainte Anne, el 10 de Noviembre de 1967.¹

En 1966 había sido creado, bajo la autoridad del Dr. Henri Ey, el Círculo de Estudios psiquiátricos. Un ciclo de enseñanza había sido organizado, en el cual una sección estaba reservada al psicoanálisis. Es en ese marco que el Dr. Jacques Lacan había aceptado intervenir. El 10 de Noviembre de 1967, dio allí una conferencia sobre el psicoanálisis y la formación del psiquiatra. Esta conferen-

¹ El primer texto-fuente del que nos valimos, para una traducción anterior de esta conferencia, es la transcripción publicada en la edición anónima que agrupa varios inéditos de Lacan, titulada *Petits écrits et conférences* (en adelante **PEC**). El mismo fue ahora confrontado con un segundo texto-fuente, aparecido en *Pas-tout Lacan*, recopilación de la mayoría de los pequeños escritos, charlas, etc., de Lacan entre 1928 y 1981, a excepción de los seminarios (en adelante **PTL**), que ofrece en su página web <http://www.ecole-lacanienne.net/> la *école lacanienne de psychanalyse*, bajo los títulos *Petit discours aux psychiatres* {Breve discurso a los psiquiatras}, en el índice, y *Conférence sur la psychanalyse et la formation du psychiatre à Ste. Anne* {Conferencia sobre el psicoanálisis y la formación del psiquiatra en Ste. Anne}, en el cuerpo del texto. De este segundo texto-fuente proviene el encabezado en bastardilla. Como lo diremos en nuestra nota 3, ambos textos-fuente coinciden en señalar que esta conferencia había sido anunciada bajo el título *La Psychanalyse et la formation du psychiatre*.

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

cia fue registrada sobre banda magnética. Recordemos el contexto de la época: la «Proposición del 9 de octubre» por el Dr. Lacan, con las disensiones que iban a desembocar en la creación del «Cuarto Grupo», la preparación de la revista Scilicet con su principio del texto no firmado, el anuncio hecho por Lacan del título de su próximo seminario sobre El acto psicoanalítico y el anuncio concomitante del fracaso de su enseñanza en tanto que no se había dirigido más que a los psicoanalistas. El transcriptor tomó el partido de dar a este Petit discours aux psychiatres de Sainte-Anne, una forma escrita que reprodujera en la medida de lo posible el estilo hablado, con los artificios de puntuación que no pueden ser evitados. Están mantenidos los supensos, las vacilaciones, escansiones, repeticiones y lapsus como partes integrantes del discurso. Algunas indicaciones sobre las variaciones del tono habrían sobrecargado inútilmente el texto, sépase solamente que el orador no se privaba de hacer uso de éstas: mordaz, incluso rechinante al comienzo, incisivo y conciso en la parte donde se trata de la teoría del lenguaje, confidencial y de una gran suavidad al final. La muy mala calidad del registro no ha permitido transcribir totalmente algunos pasajes. De dónde la utilización de los signos [...] que indican algunos pasajes absolutamente inaudibles y por lo tanto dejados en blanco o las correcciones del transcriptor. Entre los signos <...> algunas raras correcciones al texto de la transcripción original. Finalmente, entre paréntesis son anotadas las reacciones de la sala.²

Les agradezco que hayan venido, así, tan numerosos. Voy a tratar de volver esta cohabitación momentánea no demasiado desagradable, dada esta especie de atención colectiva que tienen a bien ofrecerme.

Sin embargo, en principio, esta noche no tendré unas cosas especialmente alentadoras para decirles. En todo caso, no fue con esa intención que acepté hablar, así, casi al principio, pues fue al menos

² Sin necesidad de más precisiones al respecto, salvo la de que todo lo incluido entre llaves: { }, proviene de esta traducción, el lector comprobará que no sigo al pie de la letra ni las indicaciones del transcriptor de PTL ni los criterios del transcriptor de PEC.

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

así que me presentaron las cosas. Y si elegí, pues fui yo quien lo eligió, este título: *Formación del psicoanalista y... Psicoanálisis*,³ es porque eso me parece un tema especialmente importante, pero, a propósito del cual, me ví llevado a comenzar por, en fin, lo que puede verse, palpase, lo que con toda apariencia ya está ahí como su resultado, a saber, una constatación bastante desengañada.

La formación del psiquiatra, eso no parece ser algo muy simple, ni que vaya de suyo; casi diría, hasta cierto punto, que lo que lo prueba, es este enorme programa en el cual me inscribieron. Para desplazar a tantas personas para la “formación del psiquiatra”, es preciso tenerlas bien al corriente. En fin... es una cierta concepción de la formación, que se extiende cada vez más: se forma, se forma. Se forma con la ayuda de comunicaciones, conferencias, amontonamientos de palabras; a propósito de lo cual, por otra parte, cada tanto podría uno preguntarse cuál puede ser el resultado de esto, pues no se puede decir, tampoco, que lo que ustedes vayan a escuchar, aquí, sobre lo que les concierne como psiquiatras — supongo que los hay aquí en una enorme mayoría — ustedes no van a escuchar propuestas que sean todas convergentes, ni siquiera solamente compatibles. Entonces, ¿qué van a hacer? ¿Una síntesis, como se dice? Se puede llamar a eso de otro modo... ¡por qué no fárrago, también! Hay que decir que algunas veces se plantea seriamente la cuestión de la diferenciación entre el fárrago y la síntesis.

Entonces, evidentemente, esta formación del psiquiatra, por el momento, parece entrañar mucho trajín, en el espacio y en el tiempo.

Se trata de ver... se trata de ver en eso cuál es el papel que puede y debe ser reservado al psicoanálisis.

El aspecto desengañado del que hablaba recién es, y en primer lugar, esta conjunción que verdaderamente está al alcance de todos — creo que nadie, aquí, o en otra parte, en fin, ahí donde hay psiquiatras,

³ Ambos textos-fuente indican en nota al pie de página el título con que había sido anunciada la conferencia: *La Psychanalyse et la formation du psychiatre* {*El psicoanálisis y la formación del psiquiatra*}. PEC incluye un “(sic)” en el cuerpo del texto.

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

donde se hace psiquiatría, levantará la voz contra lo que voy a avanzar — es que el psicoanálisis, en el nivel en el que estamos, ¿no?, en el nivel de lo *colectivo* — no hablo de los efectos del psicoanálisis, localizados en tal o cual, eso es otra cuestión, a la cual llegaremos en seguida — pero, en fin, en el nivel del *efecto de masa*... — empleo el término que Freud emplea cuando se trata de lo colectivo, es un término que me parece excelente, porque eso no supone... nada de común, este término de masa; no es una conciencia colectiva. No hay necesidad de conciencia de masa, hay efectos de masa — pero en el nivel de los efectos de masa, que no son más que la adición de un cierto número de efectos particulares que se producen — *que tienen*⁴ por resultado hacer que el psiquiatra se ocupe cada vez menos de lo que llamamos el enfermo, en general. Se ocupa de éste cada vez menos, porque está muy ocupado con su formación psicoanalítica, y porque piensa que hasta tanto no tenga la clave que puede proporcionarle el psicoanálisis, bueno, en fin, no valdrá la pena hacer lo que hasta entonces no será más que grosera escarda, aproximación desconsiderada.

El resultado, es que durante su período de formación, precisamente, que es el del internado, él no piensa en absoluto en lo que es de su posición de psiquiatra: él se considera como psicoanalista en formación. Es en un porvenir venturoso, que se esperará el resultado.

Además, un cierto número de malentendidos existen en la base, por ejemplo los que florecen en la boca de los candidatos... — debo decir que en el curso de una existencia ya prolongada, ya ví presentarse ante mí no pocos candidatos a la posición de psicoanalista, y que, como una manera de empezar la entrevista, les pregunto: “en fin, ¿qué lo impulsa a seguir ese camino?”... Desde luego, se trata de una pregunta para la cual sobreabundan las respuestas, pero hay una que siempre se adelanta, porque es evidentemente la más noble, es el deseo de comprender a sus enfermos. Evidentemente, no puedo decir que eso no sea un motivo completamente aceptable, la primera cosa, en efecto, que aparece, que puede manifestarse muy bien, es que hay algo que no anda del lado de la comprensión cuando uno está en presencia de lo que, de todos modos hay que decirlo, es el corazón, el

⁴ {avec} — * tenga {ait}*

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

centro del campo del psiquiatra, y que es preciso llamar por su nombre: es el loco. Psicótico, si ustedes quieren.

Salvo que no es sólo eso lo que hay en la experiencia de un psiquiatra, también hay un montón de otros enfermos que, por razones policiales, vienen en el mismo marco, pero, en fin, afinemos nuestros violines, sepamos de qué tenemos que hablar, es del loco. Podemos hablar de un montón de otras cosas que no son los locos, aunque sean personas que vienen a los mismos lugares que aquellos donde cuidamos al loco, son los dementes, personas debilitadas, desintegradas, disgregadas, puestos de manera pasajera en estado de minusvalía mental; eso no es lo que, para hablar con propiedad, es el objeto del psiquiatra.

Es por eso que hay que hacer una gran diferencia entre cierta teoría que puede llamarse, más o menos justamente, desestructuración de la conciencia, u otro modo de órgano-dinamismo que juegue en el sentido de una menor función, sigue siendo cierto que parece — y justamente, en toda la medida en que dicho órgano-dinamismo ha tenido todo el tiempo... en fin... para extender sus luces — que es preciso cambiar de registro, cuando hablamos, para hablar con propiedad, del loco. Por otra parte, los propios representantes — los mismos de este órgano-dinamismo, experimentan bien la necesidad de este cambio de registro, y no pueden clasificar de manera unívoca las demencias y las locuras, en el mismo registro, digamos, jacksoniano. Hay que hacer intervenir otra cosa, a la que se apela — cuando se está de ese lado — a título de la personalidad, para comenzar a... y no ya sólo de la conciencia, cuando se trata del loco.

Ahora bien, ese loco, es cierto que no se lo comprende, y que se viene a encontrar al psicoanalista, declarándole que... es la esperanza, en fin, la... la certeza, pues se expandió el ruido de que el psicoanálisis ayuda a comprender, y es así que se entra a buen paso en ese camino del psicoanálisis; de aquí a, por eso, comprender al loco, está claro que uno puede esperarlo, por la razón de que es completamente un mal reparto de las cartas creer que sea en ese registro de la comprensión que el análisis deba jugar. Quiero decir, lo que el análisis puede aprehender del loco, eso va de suyo, desde luego, pero igual, en sí mismo, el psicoanálisis no es de ningún modo una técnica cuya esencia sea extender la comprensión, establecer, incluso, aunque sea entre

el analizado y el analista, lo que sería de ese orden, si damos a la palabra “comprensión” un sentido, que es el sentido jaspersiano, por ejemplo; esta comunidad de registro, ese algo que va a enraizarse en una especie de *Einfühlung*, de empatía, que haría que el otro se nos volvería transparente, a la manera ingenua en que nosotros nos creemos transparentes a nosotros mismos, aunque más no sea por el hecho de que, justamente, ¡el psicoanálisis consiste en descubrir que no somos transparentes a nosotros mismos! Entonces, ¿por qué los otros se nos volverían así?

Si hay algo que el psicoanálisis está hecho para destacar, para valorizar, eso no es ciertamente el sentido, en el sentido, en efecto, en que las cosas producen sentido, en que creemos comunicarnos un sentido, sino justamente por señalar en qué fundamentos radicales de sin-sentido y en qué sitios los sin-sentidos decisivos existen, sobre lo cual se funda la existencia de un cierto número de cosas que se llaman los hechos subjetivos. Es más bien en la localización de la no-comprensión, por el hecho de que se disipa, se borra, se pulveriza el terreno de la falsa comprensión, que puede producirse algo que sea ventajoso en la experiencia analítica.

De manera que, como ustedes ven, esta experiencia del candidato psiquiatra que viene como candidato a hacerse analizar, ven ustedes ya que desde los primeros pasos, el primer minuto, el primer segundo del abordaje, eso se compromete sobre el plano del malentendido, que bien puedo calificar de más radical, porque, en verdad, les he dicho recién que es una enorme mayoría de las personas que he visto, entre los candidatos que escuché, hacer esta declaración de intención, como se dice, pero... es porque... en fin, ya se los he dicho al verlos tan numerosos, me he enternecido un poco, había venido aquí con un discurso hecho de rugidos, entonces atempero... pero en realidad *¡no hubo uno solo* que no me haya dicho, también: “vengo para comprender mejor a mis pacientes”! Puedo decir que *todos* arrancan a partir de este error de principio. Es decir todo... Naturalmente, yo no estoy ahí, así, frente a los candidatos, para enseñar la doctrina, la teoría, para enderezar las cosas o discutir, estoy ahí para registrar con qué pie parten. Todos parten, como ustedes ven, con el pie que no conviene. En fin, ellos no están, de ningún modo, para nada esclarecidos. Uno puede preguntarse, hasta cierto punto, cómo es posible, porque, en fin, lo que acabo de decirles, así, no se los digo sólo por primera vez. Yo le

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

doy vueltas a eso, mi Dios, entre otras cosas, desde hace ahora... ¡vaya!... ahora entramos en el décimo séptimo año de mi enseñanza.⁵ Como ustedes ven, el efecto, en fin, es... ¡magistral, es el caso decirlo!, lo que es decirles que, seguramente, hay cosas que no entran simplemente por ser enseñadas así, *ex cathedra*.

Quizá hay gente que, de lo que acabo de decir, tiene una sospecha, de la validez de lo que acabo de decir. Pienso que éste es el caso, en general, de la gente que he analizado yo mismo, y también por otra parte de todos aquéllos que hayan pasado por un verdadero psicoanálisis. Si el psicoanálisis debe enseñarles algo, esto es evidentemente, que lo que se recoge al final no es del orden, tenido por sublime, de la intersubjetividad del sentido. Es una experiencia de un orden muy diferente. Lo que se ha ganado, es precisamente el ver que lo que se creía comprender tan bien, justamente, uno no comprendía nada de eso. Y eso no quiere decir, sin embargo, que uno ha conquistado otra cosa que esté enteramente caracterizada por la nota de que esté constituida por el hecho de lo que se podría llamar una comprensión más profunda. Si no es más que eso lo que uno recoge al final, e incluso, ciertamente, diría que uno no sale de ahí generalmente intacto.

El hecho, pues, de que el prejuicio continúa circulando en el discurso común, es muy precisamente algo de una naturaleza como para hacernos palpar la falla que puede haber entre el discurso común y esta experiencia, esta experiencia que es la del análisis, y de la que parece, pues, que si ustedes se remiten a todo lo que acabo de decir, a mis palabras precedentes, naturalmente yo he insistido mucho sobre esto... esta cosita del umbral — porque después de todo considero que es lo que está más inmediatamente a vuestro alcance — puesto que no supongo que todos ustedes, aquí, hayan entrado ya en esta vía — del umbral, y luego del resultado final, que he situado recién en el nivel de lo colectivo como, en fin, como... no sé qué, no sé qué... que es ciertamente el objeto de cuestiones válidas y que podemos llamar, de-

⁵ Como en tantas otras ocasiones, Lacan incluye en el cómputo los dos o tres seminarios dictados en su consultorio, dedicados a los historiales clínicos de Freud (Dora, el Hombre de los Lobos, el Hombre de las Ratas), antes del primero que dictó en Sainte-Anne, publicado finalmente como Seminario 1, *Los escritos técnicos de Freud*. Esta conferencia se sitúa entre el Seminario 14, *La lógica del fantasma*, y el Seminario 15, *El acto psicoanalítico*.

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

signar con un término que no es mío, que tomo prestado de un joven interno, que vino a mí a tratar de decirme, en fin, lo que experimentaba, él, quien efectivamente era, de las personas que he encontrado, de las más sensibles a lo que constituye la experiencia de la posición del médico que aborda el campo del loco, la realidad del loco, la confrontación con el loco, el afrontamiento con el loco. Debo decir que esto es bastante excepcional, él seguía siendo bastante... bastante vivo, bastante fresco, bastante nuevo, para lo que hay — digamos la palabra — de angustia en este encuentro, en este afrontamiento — a él no le parecía que el psicoanálisis disminuyera en nada esta nota del encuentro con el loco. Para caracterizar lo que pasaba con eso, en fin, en lo que se llama la sala de guardia, a saber, una masa colectiva, en la cual él estaba, y la relación de lo que allí sucedía con el psicoanálisis, él había encontrado un término que yo encuentro, se los juro, excelente, y que fecha completamente lo que resulta el efecto de la introducción del psicoanálisis en el campo — digamos desde hace una treintena de años — en el campo francés, el resultado es una cosa que él llamó: un profundo [y... tanto] acentuado *pasivo*.

De hecho, es muy sorprendente, es muy sorprendente que desde hace un cierto número... un cierto tiempo que corresponde a esta treintena de años de la que acabo de hablarles, no ha habido, en el campo de la psiquiatría, el campo de esta relación con este objeto: el loco, no ha habido el menor, ¡el menor descubrimiento! No hubo la más pequeña modificación del campo clínico, el menor aporte. Con todos los medios considerablemente incrementados de interrogación, en fin... lo que... que se tiene a mano, está claro que todo lo que incluso se ha, en un cierto momento, así, podido ver especificarse con un pequeño recorte de... de eslabón psíquico, la asociación de ciertos cuadros con ciertos dosajes, en fin... todo eso ha sido siempre extraordinariamente fugaz, al cabo de dos o tres años nadie habla más del pequeño síndrome que tal o cual ha descripto, y nos quedamos con la bella herencia del siglo XIX que está ahí, constituida, integral, ¿no es cierto?... Evidentemente se ha añadido un poco a lo [que se había dibujado, no hablemos de los grandes nombres franceses,] que no pronunciaré más, para hablar de otro... se han añadido algunos detalles, algunos retoques, pero en el conjunto... en fin, ellos son ¿qué? ¿los últimos, los últimos complementos, constituidos técnicamente, que yo llamo descubrimientos, especificación de tal entidad clínica? Y bien, está Clérambault. Clérambault... Ahora, si ustedes van a buscar hasta

la punta más extrema, ahí donde eso se vuelve completamente minúsculo, ustedes agarran este último retoque: mi tesis, *La Paranoia de auto-castigo*.⁶ Añado un pequeño truco, a la sisa Kraepelin-Clérambault. Bueno, y luego... ¿después? Yo pregunto... En fin, eso por otra parte me interesaría, ¿es posible que yo olvide algo, alguien que haya aportado un nuevo cuadro clínico? Evidentemente, no todo está en la clínica, pero, en fin, la clínica traduce, a pesar de todo traduce algo, en el sentido de la comprensión o de la extensión, no sé, pero seguramente en el sentido de lo que es, en fin, de lo que debería ser la psiquiatría. Ahora, como ustedes saben, la psiquiatría — he escuchado eso en la televisión — la psiquiatría vuelve a entrar en la medicina general sobre la base de esto, que la propia medicina general entra enteramente en el dinamismo farmacéutico. Evidentemente, ahí se producen cosas nuevas: se obnubila, se tempera, se interfiere o modifica... Pero no se sabe para nada lo que se modifica, ni, por otra parte, a dónde llegarán esas modificaciones, ni siquiera el sentido que tienen; puesto que se trata de sentido.

Entonces, ¿esto quiere decir que...? bueno [tenemos bastante] de estas cosas, pienso que el [test] de la cosa, la referencia, sea lo que les he dicho recién, a saber ese muchacho que parecía distinguirse entre todos sus camaradas, [por señalar,] por llamar por su nombre esto que le parecía verdaderamente irreductible: la angustia. Ella era para él absolutamente coextensiva de su experiencia del loco. El no se creía, porque estaba en psicoanálisis, él se creía no menos en el deber por eso de ir... en fin, de hacer su visita al loco.

¿Acaso [vamos] a dar a este [efecto / su afecto] de angustia una especie de valor místico? No, de ningún modo es eso. El hecho de que se esté angustiado, no es porque es la angustia que es importante. [Hablo] no de una experiencia existencial, ¿[estoy aquí] para predicarla, para hacer de ella, de alguna manera, el elogio, como de un rasgo característico? No, [no he dicho eso esta noche]. Pero, en fin, al dejar de lado lo que la angustia tiene de angustiante, diría, a pesar de todo es

⁶ Jacques LACAN, *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, tesis de doctorado de medicina, publicada inicialmente en 1932. Reeditada en 1975. Versión castellana: *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. Seguido de *Primeros escritos sobre la paranoia*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1976.

completamente decisivo que para concebir sólomente lo que es, es, lo que es del loco, por tener en cuenta esto, es que aquél que se postula en su presencia en esa posición que es la del psiquiatra, está, lo quiera o no, *concernido*. ¡Está irreductiblemente concernido! Si no se siente concernido, eso es — eso es algo completamente demostrable, tangible, sin que se tenga necesidad por eso de hacer intervenir la experiencia psicoanalítica — si no está concernido, es por algunos procedimientos que se manifiestan cuando se mira allí de cerca, de manera no refutable, sea uno psicoanalista o no, por el hecho de que él se protege de este concernimiento, si ustedes me permiten. Es decir, que él interpone, entre él y el loco, un cierto número de barreras protectoras, que están al alcance de los grandes jefes, él pone, por ejemplo, a otras personas que él mismo, ¿no?, que le suministran informes... Y luego, para aquéllos que no son grandes jefes, basta tener una pequeña idea, un órgano-dinamismo, por ejemplo, o cualquier otra, una idea que los separe de este... de esta especie de ser que está enfrente de ustedes, que es el loco, que los separe a ustedes de él destacándolo, ¿no es cierto?, como una especie, entre otras, de extraño coleóptero, del que se trata de dar cuenta, así, en su dato natural.

¿Qué es este [...]?, este “concernido”, de ningún modo es forzosamente un afecto; desde luego, que eso tome la forma, la forma de la angustia, como yo decía recién [...]. La angustia no es un afecto tan simple, en tanto que afecto. La prueba, que... el trabajo que nos damos para dar cuenta de ella: “temor sin objeto”, por ejemplo, como se dice; el sólo hecho de que se precise “sin objeto”, muestra bien que ahí hay otra cosa que la dimensión afectiva, experimentamos la necesidad de mencionar que ahí, uno se esperaría un objeto, un objeto que no es simplemente algo que les remueva ahí abajo, en alguna parte de las tripas. Es una cierta relación, es una relación con un objeto ausente... ¿ven? bueno... en fin, dejemos eso de lado. La cuestión no está ahí. Lo que yo [...] simplemente para precisarles que hablo de esa relación del psiquiatra en tanto que él está concernido con el loco, eso no es para llevar las cosas sobre el plano de lo afectivo, del impulso, de no sé qué que iría a forzar esta dificultad, esta dificultad de relación.

Es evidente que no es del lado del impulso generoso que yo indicaba la solución; por otra parte, para volver al personaje ejemplar del que hablaba recién, no era ciertamente tampoco, para él, en este sentido que... que se encarrilaba, como sea que se diga, en fin, la im-

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

presión, la cosa única que parecía ser para él a retener en esa relación que le parecía, por el hecho de su destino, tener ese carácter completamente privilegiado. Entonces, lo que estoy tratando de decirles, eso no quiere decir que, ese loco, en fin... cualquiera que sea, ustedes no van a darle el seno, así, súbitamente, como Rosen, como Madame Sechehay. Ustedes no van a darle el seno ante todo porque él no se los demanda. Esto es incluso, quizá, lo que hay de más turbador, justamente, es que él no se los demanda. En resumen, si la cuestión del loco puede esclarecerse por medio del psicoanálisis, bueno, eso será evidentemente a partir de *otro centramiento* [esto es / de] lo que se llama relación primera. [Ustedes ven, quizá, lo que yo digo].

Este centramiento, trataré de hacerles sentir por qué inmediatamente, inmediatamente por qué, uh... bueno, de ningún modo está dado, así, por todo lo que se dice, por todo lo que decimos, por todo lo que se informa, por todo lo que se reconduce, a propósito del psicoanálisis; y sin embargo está allí incluido y también es completamente difícil acceder a él tras haber escuchado mucho hablar de psicoanálisis, pues la cosa curiosa, es que el hecho de tener acceso a él en el curso del psicoanálisis no deja menos intocado que antes una especie de mundo de prejuicios. Uno vuelve al discurso común, que se opone a este recentramiento. Este recentramiento, [yo lo he manifestamente expresado de una manera...]. En fin...

Estamos obligados a repensar — como se dice — algo que en este caso no es poca cosa, ¡puesto que es el pensamiento mismo! *Nos es requerido repensar el pensamiento* y... eso no se hace solito. En verdad, luego de que el mundo se haya asombrado mucho porque haya pensamiento inconsciente, eso verdaderamente provocó una especie de bloqueo general, durante diez años, veinte años e incluso más.

Al comienzo de mi internado, todavía había un hombre de ingenio que se llamaba Charles Blondel, quien había articulado algunas cosas, justamente, sobre la conciencia mórbida, y para el cual era un argumento el de decir que el pensamiento y la conciencia son forzosamente de la misma dimensión y, por consiguiente, que el inconsciente con unos pensamientos adentro, eso era impensable. ¡Vaya...!

Desde entonces, se hicieron muchos progresos. Nadie piensa más en lo que es la conciencia, ni tampoco, por otra parte, en lo que

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

es el pensamiento, por lo que las cosas se volvieron naturalmente más fáciles, ¡sobre todo que hay tanto ruido! ¿Eh? Están los existencialistas, están los fenomenólogos, están los... los... los filólogos, ahora están los estructuralistas. Entonces, todo eso... todos esos discursos superponiéndose bien, de alguna manera todos cultivados para vuestra formación, ¿no es cierto?, ustedes están radicalmente formados en todo, es decir que, sea lo que sea lo que se les pueda decir, eso, en suma, les hace más o menos el mismo efecto, a saber, que todo eso es charlatanería. Entonces, ya no hay objeción al inconsciente, el inconsciente es pensamiento, sí, todo el mundo lo sabe, ¡y qué puede hacer eso! ¿no es cierto? Entonces...

Debo decirles que la formación [...] esos discursos bien contruidos, no creo que sea dejándolos dar en ustedes, así, una especie de desfile, ¿no es cierto?, de circo... todos esos discursos, uno después del otro, cada uno funciona, corriendo uno detrás del otro, no creo que eso sea, de ninguna manera, lo que pueda tener un papel de formación.

En verdad, *un hilito*, ¡eh!, que ustedes encontrarían solitos, en esa relación de concernimiento con esa cosa verdaderamente única, problemática, que les es dada, no diré bajo el título de loco, porque eso no es un título... un loco, es a pesar de todo algo... eso resiste, vean, y que todavía no está cerca de desvanecerse simplemente en razón de la difusión del tratamiento farmacodinámico. Si ustedes tuvieran un hilito, cualquiera que sea, eso les sería más valioso que cualquier cosa, tanto más cuanto que eso los llevaría de todos modos necesariamente a aquello de lo que se trata.

Para mí, el hilito ha sido éste — yo no era un gran listo — es esta cosa que se articula así, esto es: *el inconsciente está estructurado como un lenguaje*. Yo hubiera podido partir de otro punto, pero ése me pareció serio. O el inconsciente no quiere decir nada de nada, o, desde que nos es presentado [...] quiero decir no [...] pero interrogándolo él mismo como psicoanalista, es a título de esto que es un lenguaje, con un cierto número de propiedades que sólo existen en la dimensión del lenguaje: la traducción, por ejemplo.

Entonces... evidentemente, esto no va de suyo, más que si a este respecto, por esta experiencia, y por este hilito que engancha eso, uno

saca de ahí, tras un cierto número de preguntas, lo que quiere decir un cierto número de respuestas — y en particular sobre esto: *¿qué es un lenguaje?* Porque si, así, como primera aproximación, es imposible descartar eso: el lenguaje está allí: es incluso lo que domina, ésta es la más bella ocasión de preguntarse... cuando comencé con este hilito todavía no se había llegado, les ruego que lo crean — ustedes lo olvidan porque, ante todo, ustedes nacieron ayer, no saben — todavía no se había llegado a que todo el mundo hable de lingüística y Dios sabe cómo, ¡en la confusión más total! Porque la difusión de las ideas, no es eso lo que esclarece el espíritu, quien condiciona sin embargo las luces. En fin, por el momento, no hay nadie en la boca del cual ustedes no vean llevar a rastras, en fin, esos términos de “significante”, de “significado”, de “comunicación”, de “mensaje”... andamos con eso, ya no tenemos otras semillas; cuando se hace fisiología se considera que la tiroides envía un mensaje a la hipófisis... uno llama a eso un mensaje... Entiendo, es una cuestión de definición. Se trata de saber si eso es un lenguaje. Lo que es muy difícil es que, a partir del momento en que ustedes introducen la palabra “mensaje”, ¡es difícil no imaginar que la hipófisis lo recibe!... ¡y responde a él! Se habla también de mensaje más o menos a propósito de no sé qué objeto que ustedes descubren en el cielo. Se traduce en términos de mensaje el hecho de que, simplemente, ustedes lo ven, eso envía unas fotos... ¡como mensaje!

Esto es para decirles que eso sería un juego completamente inocente, ¿no es cierto?, si justamente el lenguaje no estuviera interesado, y primeramente, de una cierta manera, esto es que se vuelve cada vez más difícil hablar del lenguaje a causa de todo *ese murmullo confuso que monopoliza las palabras* que podrían servir para enganchar las cosas en este dominio suficientemente complejo, y que ya están tan difundidas por todas partes que, en verdad, en fin, una gata no encontraría a sus pequeños. En fin... yo soy uno de los responsables, ¿eh?, de esta especie de gran confusión en la cual nadamos por el momento; porque comencé, yo, a hablar de lenguaje hace diecisiete años. En ese momento estábamos en la flor de... de la moral en situación, el compromiso... en fin... ustedes conocen... otras boludeces, ¡cómo!

En fin, a pesar de todo, hay personas que se ocupan del lenguaje. Y yo, lo que encuentro más alentador es que... es que en aquéllos que se ocupan verdaderamente de lenguaje, se emplea el lenguaje en

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

el mismo sentido con que yo me encontré haber desarrollado sus dimensiones, a saber, lo que eso quería decir — en mi discurso. Ahí donde se sabe de qué se habla: en primer lugar, todo el mundo se da cuenta de *que un lenguaje no está hecho de signos*. Lo que quiere decir que un lenguaje no tiene relación directa con las cosas. *Un signo*, para definirlo de una manera clara y simple, yo lo hago como creo sin que nadie lo discuta, *es lo que representa algo*, justamente, y que representa *para alguien*. Un lenguaje no sirve para eso, no está hecho de signos, eso puede estudiarse. La función del signo, es incluso muy importante, como siempre, incluso perfectamente importante, además, no hay ninguna necesidad, por otra parte, como se lo ha visto hasta aquí desde el tiempo que hay una semiótica médica, nadie jamás había tenido el menor interés en el lenguaje.

Lo que enturbia el asunto, seguramente, es que el lenguaje tiene, en general, una significación, es decir que *engendra significado*. Es justamente por eso que nos hemos dado cuenta de que la relación que puede tener el lenguaje, eventual, con las cosas, es una *relación tercera*, ternaria, y que es preciso distinguir *el significante*, *el significado* y eventualmente *el referente*, el que no siempre es fácil de encontrar, como tampoco, por otra parte, el significado es fácil de delimitar. Es sin embargo ahí que se juega el juego de lo impreciso de las cosas, a saber, lo que hace que, por ejemplo, un lenguaje es o no es adecuado. Un lenguaje, más bien que ser signo de las cosas, diremos más bien algo, para aquéllos que jamás habrían escuchado, en fin, naturalmente, aquello de lo que he dado, en fin... la enunciación mucho más elaborada, diremos, ¿no es cierto?, para hacernos entender hoy, que su función es... *dar la vuelta a*, no a las cosas ¿eh?, *a la cosa*. En todo caso, esto es bien sensible para nosotros, cuando se trata de la experiencia analítica. *La cosa*, que un día llamé *La Cosa Freudiana*,⁷ que está ahí en el corazón y que no se toca fácilmente, en todo caso, se los aseguro, que jamás se llega a comprender — el lenguaje la rodea, la cosa. Y la cosa {*la chose*}, que incluso, si ustedes quieren, escribiré así: [Lacan escribe en el pizarrón: *lacosa* {*l'achose*}] para indicar bien que ella no se distingue ahí por su presencia.

⁷ Jacques LACAN, «La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis» (Viena, 7 de Noviembre de 1955), en *Escritos I*, décimo tercera edición en español, corregida y aumentada, Siglo Veintiuno Editores, 1985.

Y luego, el lenguaje es algo completamente necesario. Hablo, naturalmente, del primer desbrozamiento, una cosa completamente necesaria... En todo caso, para que ustedes comprendan mi hilito: el inconsciente está estructurado como un lenguaje; esto es que el lenguaje, todo el mundo lo sabe, en fin, vivimos ahí adentro, pero es bastante curioso, es muy curioso incluso, cuando se habla del lenguaje especialmente, uno se cree siempre obligado a ir a lo que es exactamente lo contrario de la experiencia más común: *el lenguaje no está hecho para la comunicación*. La prueba de esto está a nuestro alcance a todo instante; a pesar de todo ustedes deben darse cuenta, cuando ustedes están con vuestro cónyuge o vuestra cónyuge, por ejemplo, que cuando ustedes comienzan a estar forzados a explicar las cosas, en primer lugar no es solamente que eso anda mal, sino que, en segundo lugar, ¡no hay esperanzas! Y cuanto más se pongan en eso, menos se comunicará... en fin... [risas en la sala] ¡es matador! [risas]. Sin embargo hace diecisiete años que me he esforzado por inform... por recomenzar siempre las mismas cosas, por otra parte con el mismo resultado, ¿no es cierto?, que es verdaderamente formidable, a saber, que si esto los divierte un momento, si ustedes encuentran que, seguramente, estos son unos juegos de ingenio, ¿no es cierto? — yo intelectualizo, parece — ¡vaya...! una escena doméstica, por ejemplo, en efecto, he ahí un procedimiento de intelectualización que es bien conocido [risas], se los informo.

Entonces, ¿para qué sirve el lenguaje?

¿Si no está ni hecho para significar las cosas expresamente, quiero decir que ése no es de ningún modo su primer destino, y si la comunicación tampoco?

Y bien, es simple, es simple y es capital: *hace el sujeto*. Eso es extremadamente suficiente. Porque, de otro modo, se los pregunto, cómo pueden ustedes justificar la existencia en el mundo de lo que llamamos el sujeto.

Entonces, *¿es que uno puede comprenderse?* La respuesta es completamente accesible: *uno puede comprenderse in-ter-cam-bian-do lo que fabrica el lenguaje*.

¿Acaso no está claro que, la comunicación...? a saber, esto: que uno se imaginaría que, cuando ustedes dicen una frase, eso representa un mensaje, y que del otro lado, la frase, es la misma que la que ustedes han pronunciado... En verdad, no es la que ustedes han pronunciado la que es importante, es la que está del otro lado, desde luego. Es justamente por eso que ustedes no saben lo que han dicho. Es capital que lo sepan: que cada vez que ustedes hablan, al menos a algún otro, no saben lo que dicen, cuando ustedes están absolutamente solos, todavía menos.

Pero el resultado del lenguaje es de todos modos que algo sucede desde que se ha encontrado ese sagrado *medium*, algo sucede, algunas veces en el otro, en verdad siempre en el otro, y por este hecho siempre les devuelven bastonazos. Y es incluso así que lo que se llama el ser humano tiene su primera experiencia: uno se da cuenta de que suceden cosas cuando se habla. Esas cosas pueden muy bien ser delimitadas en sí mismas, es incluso eso cuya teoría me esfuerzo por escribir desde los hace diecisiete años que he evocado suficientemente.

Lo que fabrica el lenguaje, por ejemplo, es el deseo, ¡eh! El deseo, después de todo, no es algo... que sea... que sea muy conocido. Entre los filósofos, siempre se ha considerado que eso era más bien el objeto a apartar para llegar a lo que se llama el conocimiento: el conocimiento se ve turbado, supuestamente, por el deseo... por otra parte, es cierto. ¡Pero eso se sostiene en que se creía en el conocimiento! No quiero entrar en el detalle de todo eso, hacer el... un dibujo sobre lo que distingue a lo que ha prevalecido durante siglos en lo que concierne a la función del conocimiento, con las posiciones bien diferentes que son las que debemos adoptar ahora, por el hecho de haber creado *una ciencia* que no debe absolutamente nada a las categorías del conocimiento, y que no está más mal por eso; nosotros, quizá, nos encontramos más mal por eso; pero no es eso lo que está en cuestión. Es que la ciencia funciona y... una multitud de dimensiones que suscitaba, que sugería esta [psicología] del conocimiento, están perfectamente perimidas y fuera de juego.

Lo que es interesante, es que al considerar como siendo *absolutamente coextensivo con el registro cada vez más elaborado de la ciencia*, lo que recién he llamado *el sujeto*, podemos llegar a dar una

teoría completamente diferente, completamente distinta y manejable de muy otro modo que todo lo que se ha hecho hasta ahora, de lo que es, hablando propiamente, *el deseo*. E incluso tenemos, dado el caso, la dicha de percatarnos de que hubo, en fin, en algunas personas muy raras, entre los filosofantes del pasado, no sé qué que podría denominarse un presentimiento de eso. Es en Spinoza que pienso. Como quiera que sea, esta teoría, como cualquiera sabe, o cree saber, yo la he dado, incluso la he afinado durante años, desde luego que estoy lejos de pensar que he dado su formulación definitiva, pero hay, en lo que he enunciado al respecto, algo que me parece bastante prometedor, esto es que hay ahí, merced a mis desvelos, un pequeñito comienzo de *formalización*. A saber, algo que puede expresarse por lo que hay de más puro y de más manejable en la función como tal del signifi-
ficante, a saber, un manejo de letras minúsculas. Es por una cierta manera de manejar esas letras minúsculas y de ponerlas entre sí en unas conexiones definidas que está fundada esta teoría del deseo, en lo cual ella deja la esperanza de un desarrollo ulterior mucho más preciso por poco que pongamos allí esa suerte de capacidad mental que resulta de la combinatoria.

Pues, evidentemente, esto supone el simple reconocimiento de lo que no está dado de la manera más común en la formación que ustedes reciben como médicos, la que es una formación que podemos calificar de positivista. Es esto lo que no se les ha vuelto familiar, a falta de tener una verdadera formación matemática que no sea simplemente un instrumento para uso de los conocimientos sobre las cosas en tanto que ellas son cosas, entes. Es esto, lo que se ha vuelto perfectamente sensible por un cierto uso de la matemática, pero que no es su privilegio, esto es que, por sí misma, *la combinación de los significantes constituye un orden*, un registro, que ustedes pueden calificar como quieran, pueden hacer un juego con ello; no obstante, es incluso un juego tan serio como eso lo que constituye justamente lo serio del juego. Lo que hay de divertido en el juego, es que es una de las cosas más sometidas a las leyes que sean, que no hay juego que no consista en un cierto rigor [...] justamente hecho y que existe siempre, a saber: una combinatoria entre significantes; significantes en tanto que no son signos, sino que el significante, que he definido muy precisamente en esa fórmula que después de todo merece que yo la haya machacado así sea un poquito, aunque más no sea porque podemos decir que nadie la ha dado antes que yo, esto es, que un *significante es lo*

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

que representa un sujeto, ¿para quién? Justamente, no “para quién”, para otro significante.

Esto puede parecerles opaco, poco comprensible, pero, como acabo de advertírselos, no me importa, porque esto no está hecho para que ustedes lo comprendan, *está hecho para que ustedes se sirvan de eso... y para que vean que eso anda siempre*, y no solamente que eso anda siempre, sino que eso comienza a [rendir] a partir de ahí. Esto quiere decir dos cosas: en primer lugar, que el significante sólo adquiere su status ahí y a continuación por su relación con el otro significante, el que inaugura la dimensión de *la batería significante*, lo que comienza a plantear algunas cuestiones, ¿esta batería es finita o infinita?, y ahí, evidentemente, podemos continuar, a saber [lo que quiere decir infinito], y que, por otra parte, *el significante es anterior al sujeto*, que para que aparezca esta función en tanto que está definida por un sujeto, en tanto que es distinta de lo que se puede llamar por ejemplo psiquismo, conocimiento, representación, en tanto que es completamente distinta de todo eso, pues es una dimensión del ser...:

Hay sujeto sólomente y únicamente después que haya habido significante.

Ahora, la cuestión de saber cómo aparece el significante antes que aparezca lo que es hablando propiamente el sujeto, también podemos responderla. Precisamente, es para darle una respuesta formal, que he introducido ese campo, esa dimensión del Otro {*Autre*} (con una A mayúscula) como sitio, y lugar del significante. Este Otro con una A mayúscula, seguramente, ustedes van a preguntarme dónde es que él está, ¿eh? ¿Acaso es el espacio común? ¿Acaso es la oreja del vecino? ¿Acaso es esto o aquello...? esto es no comprender nada de aquello en lo que consiste un sistema formalista. *Este Otro es precisamente un lugar definido como necesario para esta primaridad de la cadena significante.*

Al comienzo se encuentra así, puesto que antes está: el sujeto,⁸ introducida la dimensión que llamaremos de la *verdad*, pues no hay

⁸ Nota de PEC: “Verosímilmente, ahí se trata de un lapsus. La lógica quiere que en esta frase sea el término de “significante” el que venga ahí. Está el significante

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

dimensión de la verdad sino a partir del momento en que hay significativo.⁹

No hay ni verdad, ni mentira, en la finta por ejemplo, o la parada animal, por la simple razón de que ellas son exactamente lo que son, ni mentirosas ni verdaderas; ellas responden a ese efecto de captación [reducido], es en eso que ellas no son del registro del significativo. El significativo es otra cosa.

Es a partir del momento en que él ha engendrado al sujeto y en que se inscribe en alguna parte a ese nivel del Otro, que la dimensión de algo que se propone siempre como una verdad, incluso cuando es una mentira — pues no sería una mentira si no se propusiera como una verdad — que está esta dimensión del significativo, observen esto, que *el Otro en ningún caso es garante de la verdad*. Puesto que el Otro en sí mismo, nada nos dice que es un sujeto. Hay gente que dice que es un sujeto, que lo llama Dios, con diversos calificativos: buen Dios, Dios malvado... ése es otro asunto, es otro paso a franquear. No tenemos ninguna necesidad de franquearlo para dar la teoría del lenguaje.

La experiencia / del análisis / no es otra cosa / que / realizar / lo que es / esta función, como tal, del sujeto. Resulta / que eso abre / a cierto efecto / que nos muestra / que en lo que está primordialmente interesado de esta función del significativo, predomina / una dificultad, una falla, un agujero, una falta, / de esta operación significativa, / que

antes que el sujeto”. — La nota de esta transcripción, en efecto, es verosímil, y no tenemos nada que objetar a eso... salvo que apelar a los “lapsus” de Lacan para salvar una dificultad nunca nos ha parecido método correcto cuando se emplea de primera. Así, si no se quisiera despachar tan rápido el asunto, y se quisiera introducir en cambio un poco de pimienta en este momento de un discurso cuya transcripción no nos parece la más recomendable, se podría recordar que en su Seminario sobre *La identificación* Lacan concluye una de sus clases preguntándose “qué valor podríamos dar a *i* para connotar al sujeto en tanto que sujeto antes de toda nominación”. Véase la clase 7 de ese Seminario, del 10 de Enero de 1962.

⁹ En cuanto a la transcripción **PTL** de este párrafo, la dificultad (*cf.* nota anterior) se salva, o se evita, modificando la puntuación: “Al comienzo se encuentra así, puesto que antes que el sujeto está introducida la dimensión que llamaremos de la verdad pues no hay dimensión de la verdad sino a partir del momento en que hay significativo”.

está muy precisamente ligada / a la confesión, la articulación / del sujeto / en tanto / que se afecta de un sexo. Es porque el significante / se muestra manifestando / unos fallos electivos / en ese momento en que se trata / que lo que dice Yo {*Je*} / se diga / como macho o como hembra / que se encuentra con que no puede decir eso sin que eso conlleve el surgimiento en el nivel del deseo de algo muy extraño, de algo que representa ni más ni menos que *el escamoteo simbólico* — entiendan que no se lo encuentra más en su lugar — el escamoteo de una cosa completamente singular que es muy precisamente el órgano de la copulación. A saber, lo que en lo Real está mejor destinado para hacer la prueba de que hay uno de ellos que es macho y el otro que es hembra, ¿eh? [Esto es todavía...]

Es eso, es eso el gran hallazgo del psicoanálisis, es un hallazgo que no ha podido estrictamente ser hecho sino por estar hecho allí de una manera que le da un sentido, es el caso decirlo, que le da un sentido aceptable, a nivel de otra cosa que de lo que Spinoza, puesto que hace un momento he hablado de él es preciso que vuelva a hablar de él ahora, llamaba unas *historiolae*, unas historias chiquitas, ¿eh?, es porque papá o mamá le han *dado miedo*¹⁰ que él cree en eso, en fin... montones de cosas que no se sostienen en pie. Lo que se llama la *castración* es eso, es que para que llegue a articularse en función del significante — del significante en tanto que es primordial en el sujeto — para que llegue a articularse algo que lleve al sujeto sobre el plano sexual, es preciso que intervenga allí esto que, en tanto que [...] del significante, que sea como *faltante* que esté representado el órgano, precisamente de la copulación.

Eso merece que se le preste un poquitito de atención, pues esto — es el hecho de la experiencia proseguida de una manera correcta, a saber, que se haya proseguido la experiencia analítica — da cuenta del hecho de que, sea lo que sea que se diga de ello, no es más que, pura y simplemente, una experiencia llevada con la ayuda y en el interior del *medium* significante — que todo lo que se pueda añadir a ello de más, de lo que se llama, en efecto, efectos psíquicos, a saber: reacción, defensa, resistencia, todo lo que ustedes quieran, afecto, transferencia, todo eso no toma su sentido más que si llegamos a puntualizar

¹⁰ {*fait peur*} — *dado poco {*fait peu*}*

allí, [a esclarecer], a destacarlo en el registro de una formalización que toma como punto de partida y como base la primordialidad de la cadena significativa por relación al sujeto.

Es evidente que no les haré la demostración de eso esta noche, pero si alguna vez lo que he dicho tiene un alcance cualquiera, es en todo caso cierto, claro, que yo no digo otra cosa, que no hago otra cosa que proseguir la construcción que se relaciona con eso desde hace exactamente los diecisiete años de los que les hablaba recién.

Que lo que deja el fin de la experiencia analítica no sea otra cosa que tener a su término una [...], por el hecho de esta experiencia, que les permite saber lo que es ponerse ustedes mismos en este lugar del sujeto, en esta dependencia muy especial del significante, que hace que tal o cual enunciado que se deduce de ello, por ejemplo la validez de esta fórmula que yo enuncio: vuestro deseo no se concibe, no toma su justo lugar, no se anima más que porque ustedes se hayan efectivamente percatado de que él se ha formado en ese lugar que recién he llamado el lugar del Otro, con una A mayúscula, que es, por su naturaleza y por su función, deseo del Otro, y que ésta es precisamente la razón que hace que ustedes no puedan en ningún caso reconocerlo por sí solos, y que es esto lo que justifica que el análisis, ustedes no hayan podido proseguirlo más que con la ayuda de un analista; lo que no quiere decir que el analista sea el Otro, con una A mayúscula, del que he hablado recién, él es muy otra cosa, que no puedo explicarles esta noche.

En fin, para aquéllos que tendrían de eso vagamente, así, en fin, de todos modos, una pequeña idea, quiero decir que el propósito [de suspensión] paradójal que impulso ante ustedes esta noche, de todos modos habría hecho cosquillas suficientemente como para que tengan ganas de saber de eso un poco más, puedo decirles que es lo que daré como tema de mi seminario de este año, trataré de precisarlo de una manera tal como no he podido hacerlo todavía — porque hay muchas cosas que todavía no he podido hacer, porque no se puede imaginar incluso hasta qué punto soy didáctico en mi enseñanza, quiero decir con esto que yo parto de la idea de que... en todo caso es muy cierto que no se comprende nada de lo que yo digo. Mi única chance es repetirlo suficientemente, para que eso termine amueblando en parte los cerebros. No hay que asombrarse, desde luego, que durante un cierto

tiempo no se encuentre nada mejor para hacer que repetirme, vagamente. Para algunos, por otra parte, eso tiene otro empleo: siempre se puede desarrollar, y justamente porque lo que yo formulo es tan incomprensible, cierto esnobismo alrededor de lo que yo enseño. Entonces, cuando uno es distinguido, así, se enseña Lacan, en el Instituto de Psicoanálisis de París, por ejemplo, eso hace distinguido; pero eso no quiere decir que se comprenda lo que yo digo, además, como estoy diciéndoselos, no está hecho para eso, está hecho para que uno se sirva de eso, y, con el tiempo, terminará por suceder lo que siempre sucede cuando funcionan las fórmulas, esto es, que uno termina por servirse de ellas, muy tontamente. Entonces uno se da cuenta de que eso aclara algunas perspectivas, no hay ninguna necesidad de que se tenga que sentir antes el choque intuitivo de la verdad.

Esto no quiere decir sin embargo que la verdad no esté interesada en la cosa... La verdad está interesada justamente en cuanto que aparece en todo este asunto algo inesperado, de lo que les he hablado recién, a saber, la intrusión, verdaderamente increíble, en fin... obscena, desplazada, de ningún modo en su lugar, justamente, de la sexualidad, ahí donde uno menos se lo esperaba. Pues, al fin de cuentas hay que decirlo, ¿no es porque ahora sabemos, desde luego, que ella está ahí, que sabemos más de eso! Pues tampoco es suficiente llamar a eso la sexualidad. Recién he tratado de darles una fórmula más precisa de esto, diciéndoles que era *la confesión del sujeto como afectado de un sexo* lo que estaba concernido. Esto no es, vagamente, la sexualidad, así, no es todo lo que podemos saber sobre la sexualidad; la prueba de ello, es que todo lo que podemos saber sobre la sexualidad — se han dado algunos pasos, después de Freud, a este respecto — hemos hecho algunas experiencias de eso y sabemos ahora un poquitito más sobre lo que es... no sé... por ejemplo el cromosoma sexual, ¿para qué nos sirve eso en psicoanálisis? ¡Y bien! ¡para nada de nada! No es la sexualidad, así, en su conjunto, en su esencia, como si, además, eso existiera en alguna parte... No tiene ningún sentido, la sexualidad. Hay hechos biológicos que se relacionan con el hecho de que hay cosas que generalmente se califican de sexuales, y luego, cuando se las mira de cerca, uno ve que hay un montón de pisos, y que esos pisos no se recubren. Y que si, al tomar las cosas en el nivel, por ejemplo, hormonal o de los llamados caracteres sexuales secundarios, uno ve bien que la repartición, el juego de las cosas, no es lo mismo que si ustedes lo consideran en el nivel de las funciones celulares. Entonces,

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

no hablemos de la sexualidad así, como si fuera una vaga y gran cosa... no, hay algo que se produce para el sujeto en ese nivel. Y eso bien puede tomar... dado que eso viene allí donde no se lo espera y que, en todo caso, hay una cosa muy cierta, esto es, justamente, que eso resiste, y que eso resiste incluso tan bien que, sea lo que sea que se piense de ello, lejos de que estemos verdaderamente habituados a lo que Freud ha descubierto, a saber, que la sexualidad estaba en el asunto, nos volvemos a encontrar con eso siempre de la manera más enérgica, y por una simple razón, esto es, que es en el nivel, ahí, justo donde yo lo sitúo, a saber, de esta, de alguna manera, declaración de sexo, que se sitúan las cosas; hay ahí, verdaderamente, en efecto, algo que parece tan opaco, y para decir todo, en efecto, incomprensible, que nos refugiamos hacia cualquier especie de otra idea de la sexualidad, hacemos entrar en juego la sexualidad como emoción, como instinto, como afecto, como atractivo, todo tipo de cosas que no tienen absolutamente nada que ver en la cuestión. Cualquier cosa, más bien que buscar comprender de qué se trata en el nivel de lo que yo llamaría el acto sexual, *siendo el acto una cosa concebida como teniendo esencialmente en sí misma esta dimensión de significativa.*

No se trata simplemente de saber lo que se hace y cómo se opera, se trata de percatarse de que lo que produce la dificultad, es que uno *entra en el acto sexual para revelarse tal o cual*, macho o hembra por ejemplo.

Es por el acto que comienzan las dificultades, es en tanto que *el acto es significativa y que, como significativa, él pifia*. De dónde mi observación de que, en definitiva, sea lo que sea que ustedes hagan, señoras y señores, jamás estarán absolutamente seguros de ser machos o de ser hembras. Eso, eso es la cosa...

Bueno, en fin, siento que esta noche me he dejado arrastrar un poquitito... Lo que quisiera decirles es que este fin, esta punta, esta cima de la experiencia psicoanalítica se caracteriza en esto, que ella es *precaria*. Quiero decir que no basta con haber tenido en un momento esta experiencia que es la del sujeto en tanto que es determinado por todo lo que le ha preexistido de significativa. Desde luego, esto es en la medida en que esos significantes le son tanto más próximos por haber sido aquellos que han constituido aquello de lo que él un día surgió, incluso si es por azar, a saber, el deseo de sus padres. Pues, inclu-

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

so si es por azar, fue de todos modos ahí que él vino a caer; a saber, que todo lo que le suceda — al menos al comienzo — va a depender de ese lugar que se llama, en sus padres, el deseo, ya, que se manifiesta en su existencia — y tomemos la palabra existencia en todos los sentidos que ustedes quieran darle, también existencialista — [existencia] del Otro, de ese Otro que está ahí encarnado por la relación también de sus padres siempre con este Otro como lugar del significante, que es ahí que él viene a caer, no es posible que [eso no tenga] sobre todo lo que va a sucederle una función determinante.

Quisiera volver a los psiquiatras, darles con mi álgebra... — estaría desolado si ella no les parece inmediatamente sorprendente, pero, en fin, es una fórmula de cortesía — no tengo tiempo para escribirlas de otro modo, pero pienso que eso les dará, por el contrario, una pequeña idea de los modos simples bajo los cuales eso puede expresar algunas cosas para que no queden confundidas inmediatamente con otras. [Lacan va al pizarrón].

Recién les he hablado del órgano, órgano copulatorio en tanto que él falta — esto es porque yo he sido... en fin... les he indicado lo que quería decir eso, el orden de verdad que permite descubrir por haber tomado el buen punto de partida... En fin, hay otras cosas que llegan a este lugar donde el órgano falta, hay también otras cosas que se sitúan, expresamente hechas para hacer que uno no se percate de que falta. Es lo que he llamado, en mi álgebra, *el objeto a*. Todos aquéllos que de todos modos tienen aquí una vaga tintura de lo que es el psicoanálisis deben a pesar de todo saber la relación de homotopía, de en-el-mismo-lugar, que puede haber entre la castración por una parte y la función que desempeñan eventualmente un cierto número de objetos. Esto es incluso hasta el punto en que corrientemente se habla de castración anal, oral, y todo lo que se sigue de ello. Aquí no voy a dar un curso sobre eso. Como quiera que sea, este objeto *a*, es la fórmula general de lo que se manifiesta de manera absolutamente decisiva y causal en la determinación, precisamente, de lo que el descubrimiento del inconsciente nos ha permitido percibir, a saber: *la división del sujeto*.

Este sujeto, no es simplemente, como en la teoría matemática, por ejemplo, donde una serie de cadenas significantes no hace más

que transmitirse, de un cabo al otro, un solo y unívoco sujeto, por otra parte imposible de localizar bajo ninguno de los significantes de los que se trata. Ahora bien, ciertamente, se produce algo distinto por el... por la función, por el efecto de lenguaje en toda su generalidad, que está estrechamente ligado a lo que es su primer efecto, a saber, *una cierta participación del cuerpo en tanto que real*. Estrechamente ligado al hecho de que el sujeto juega precisamente sobre ese doble registro que hace que, si podemos depurar el sujeto de la ciencia, el sujeto de una cadena matemática, como algo simple y unívoco, no podemos hacerlo en el caso en que el ser hablante es un ser vivo, por la simple razón de que algo queda encadenado precisamente a este origen, a saber, a esta dependencia primera de la cadena signifiante, que allí no es manejable a su antojo, que queda allí fijado en algunos puntos; que incluso ciertos datos de la experiencia, y aquella, entre las más evidentes, aquella, por ejemplo, de que su madre no tiene pene, no es una cosa que funciona para una parte del sujeto, para esta parte dividida, por la razón muy simple de que para esta parte es preciso, no que ella no lo tenga, sino que ella haya sido privada de él. Eso es lo que designa la S tachada, μ es el sujeto en tanto que dividido, quien está en una cierta relación con el objeto a . Este objeto a , tiene por propiedad ser lo que produce el deseo, en tanto que el deseo es lo que está soportado por esto que es la fórmula del fantasma. Si este deseo depende del deseo del gran Otro, a saber, lo que es formalizable a nivel del gran Otro como efecto del deseo, esto es en la medida en que — entonces, esto... hago una reserva, es porque estoy ante ustedes esta noche, y porque los supongo, en fin, en lo que concierne a lo que les digo, a lo que repito desde el tiempo de los tiempos, completamente en las nubes — entonces inscribo aquí lo que jamás he inscripto en ninguna parte, pero que yo hago ahí para impedir que eso corra: *demanda de a minúscula*. Lo pongo así porque tengo mis razones para eso, porque es demasiado simple. Pero, para esta noche, eso puede bastar. Lo que hace el lazo *del deseo* en tanto que es función del sujeto, del sujeto mismo designado como efecto del signifiante, es esto, es que el a es siempre demandado al Otro. Esa es la verdadera naturaleza del lazo que existe [para] ese ser que llamamos normado.

Bueno, entonces, para explicarles las cosas simplemente, hay hombres libres, y como lo he dicho desde siempre, pues lo he escrito en el Congreso de Bonneval, mucho antes que los diecisiete años de

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

los que se trata — ustedes incluso no pueden imaginarse hasta qué punto soy viejo — *los hombres libres, los verdaderos, son precisamente los locos.*¹¹ No hay demanda del *a* minúscula, su *a* minúscula él lo tiene, es lo que él llama sus voces, por ejemplo. *Y eso por lo cual ustedes están en su presencia justificadamente angustiados es porque el loco es el hombre libre.*

El *no se sostiene* en el lugar del Otro, del gran Otro, por el objeto *a*, el *a* él lo tiene a su disposición. El loco es verdaderamente el ser libre. El loco, en este sentido, es de una cierta manera ese ser de irrealidad, esa cosa absurda, absurda... por otra parte magnífica, como todo lo que es absurdo. Al buen Dios de los filósofos se lo ha llamado *causa sui*, causa de sí, él, digamos que tiene su causa en su bolsillo, es por eso que es un loco; es por eso que ustedes tienen ante él un sentimiento muy particular que es lo que debería, en nosotros, constituir el progreso — progreso capital — que podría resultar del hecho de que algún psicoanalizado se ocupe un día verdaderamente del loco. Es un hecho que, de tiempo en tiempo, eso da algo que se parece a psicoanálisis, a primeros éxitos, ¡eh!, eso no llega muy lejos. Eso no llega muy lejos ¿por qué? Porque, se los dije: esta experiencia del psicoanálisis es una experiencia precaria. ¿Por qué es precaria? porque está el psiquiatra; esto es, que cuando ustedes salen de un psicoanálisis llamado didáctico, ustedes retoman la posición psiquiátrica.

La posición psiquiátrica es perfectamente definible históricamente. Hay un señor que se llama Michel Foucault y que ha escrito *La historia de la locura*;¹² él explica, valoriza [en ese preciso momento el tapón plástico de una botella de agua mineral salta en el aire] demuestra magníficamente... [risas] — ustedes ven ¡eso es un signo! — demuestra magníficamente... [risas] — ¡es hermoso! ¡eh? ¡es lo que se llama el calor comunicativo! ¡eh? bueno... — demuestra magníficamente la mutación, la mutación esencial, que resulta del momento en que esos locos — con los cuales, en fin, se había actuado con ellos hasta entonces, Dios mío, como se había podido... en función de todo tipo de regis-

¹¹ Jacques LACAN, «Acerca de la causalidad psíquica» (28 de Septiembre de 1946 en las Jornadas psiquiátricas de Bonneval), en *Escritos 1*.

¹² Michel FOUCAULT, *Historia de la locura en la época clásica* (primera edición en francés: 1964), Fondo de Cultura Económica, México, 1967.

tros, y principalmente los registros de lo Sagrado — todos esos locos han sido tratados, han sido tratados de la manera que se llama humanitaria, a saber: encerrados. Esta operación... de ningún modo está desprovista de interés... desde el punto de vista de la historia del espíritu... pues eso es, precisamente, lo que nos ha permitido poner al menos en cuestión que exista algo que podamos denominar síntomas. No se comienza a tener la idea de síntoma sino a partir del momento en que el loco es aislado...

Naturalmente, este libro absolutamente capital de Michel Foucault ha tenido ese éxito que podemos decir verdaderamente notable, ¡que no hay un sólo psiquiatra que se haya ocupado de él! Pido que me den una reseña justa aparecida en una revista psiquiátrica, en lo que concierne a ese libro de Michel Foucault. ¡Es completamente sorprendente! ¡Pues es algo, para la comprensión de la posición del psiquiatra, absolutamente capital! Vuelve a situar las cosas en un contexto que verdaderamente permite ver de qué se trata: ¿qué es lo que quiere decir, Esquirol y Pinel? De todos modos, ahí no se trata, por el momento, de hacer... de hacer... política ¿no es cierto...? No se trata para nada de eso. Se trata de percatarse de una cierta función que ha nacido con esta práctica que ha constitu... constituido (sic)¹³ en aislar a los locos. El hecho de que ahora tendamos a aislarlos cada vez menos, quiere decir que ponemos allí otras barreras, otras murallas... en particular ésta: que los consideramos mucho más — ésa es justamente la pendiente psiquiátrica — mucho más como objetos de estudio que como punto de interrogación a nivel de lo que remite a cierta relación del sujeto, a lo que sitúa al sujeto por relación a ese algo que calificamos de objeto extraño, parasitario, que es la voz, esencialmente. En tanto [que] voz, ella no tiene sentido aquí más que por ser soporte del significante.

A partir de ahí, lo que es la posición del psiquiatra, va a permitirnos entrever, si puedo decir, que eso no es una posición muy simple. Además que por el hecho de [observarla] — es decir, por tomar

¹³ Este “(sic)” está en **PEC** y **PTL**, y acompaña a la palabra *constitué*, pero no entiendo si el señalamiento del transcriptor apunta a una posible sustitución por el femenino *constituée*, o por otro verbo, que me parecería más adecuado al contexto, como *consister* (consistir).

una cierta posición de principio que es tan radicalmente contraria, si es posible, a lo que puede ser experimentado de eso en tanto que el psiquiatra sabría lo que es la consideración del sujeto — además de eso, lo que produce barrera, es, a saber, que el psiquiatra está integrado como tal a cierta relación jerárquica, que así lo quiera él o no, él está en posición de autoridad, de dignidad, de defensa de cierta posición que, de movida y ante todo, es la suya: se trata precisamente que sea por otra cosa que por la angustia que él responda a esta existencia del loco. No iré más lejos en ese sentido esta noche, pues estarían equivocados si creyeran que yo quiera de ninguna manera cuestionar la posición del psiquiatra: ella no puede ser otra cosa que lo que es. Lo que yo más bien cuestionaría es que mi dignidad, si podemos decir, [no acusara en ello] un escalón de voz en lo que constituye este tipo de reuniones, de las que desearíamos que fueran de sociedad científica, que son las que prueban que los psicoanalistas conservan en su jerarquía algo que es del mismo orden que esta distancia, que este escalonamiento, por relación a un objeto, que constituye justamente la imposibilidad en la cual está el psiquiatra para abordar la realidad del loco desde un nuevo punto de vista.

Lo que quiero simplemente valorizar esta noche, porque creo que es algo que, quizá — como los veo a todos aquí, conozco más o menos bien sus cabezas, veo bien a los que ya han escuchado hablar de algunas cosas, y a los otros que no — entonces, algo que, en suma, ustedes no han aprendido hasta ahora. Es una consideración que es ésta: esta historia del sujeto, me dirán ustedes, no es una cosa para [entificarla] — eso podía ser en el tiempo de Freud — pero si ha ocurrido — de todos modos pienso que ustedes se dan cuenta de eso — una cierta transformación que conoce nuestro mundo, que es considerable, y que hace que el sujeto sea algo, en nuestro tiempo, que define como sujeto la existencia de la ciencia. La ciencia que es la nuestra es la que no se constituye sino por una ruptura que es fechable en los siglos, y el suyo tampoco es otro que el siglo de oro, el XVII. La ciencia nació precisamente el día en que el hombre rompió las amarras de todo lo que puede llamarse intuición, conocimiento intuitivo, y en que se remitió al *puro y simple sujeto que es introducido, inaugurado ante todo bajo la forma perfectamente vacía que se enuncia en el cogito; pienso, entonces soy {je pense, donc je suis}*. Está completamente claro, ahora, a nuestros ojos, que esta fórmula no se tiene en pie, sin embargo ella es decisiva, pues es ella la que permitió... la que permi-

tió esto: ya no se tenía ninguna necesidad de recurrir a la intuición corporal para comenzar a enunciar las leyes de la dinámica.

A partir de ese momento nació la ciencia, correlativa de un primer aislamiento del sujeto puro, si puedo decir. Este sujeto — puro — seguramente, no existe en ninguna parte, sino como sujeto del saber científico. Es un sujeto del cual una parte está velada, aquella, justamente, que se expresa en la estructura del fantasma, a saber, la que comporta otra mitad del sujeto y su relación con el objeto *a*. El hecho de que todo lo que hasta ahora ha estado interesado sin que se sepa por esta estructura real, a saber, la manera en que se la ha tratado hasta ahora, la manera en que eso se ha inscripto en las relaciones sociales, por las que, de alguna manera, toda la construcción social se fundó sobre esas realidades subjetivas pero sin saber nombrarlas; está claro que la expansión, la dominancia de ese sujeto puro de la ciencia es lo que llega a estos efectos cuyos actores y participantes son todos ustedes, a saber: esas profundas reelaboraciones de las jerarquías sociales que constituyen la característica de nuestro tiempo. Y bien, lo que es preciso que ustedes sepan, porque van a verlo y lo verán cada vez más — naturalmente, si ustedes no lo han visto hasta ahora, aunque eso reviente los ojos — es que hay un precio con que se paga la universalización del sujeto, en tanto que es el sujeto hablante, el hombre.

El hecho de que se borren las fronteras, las jerarquías, los grados, las funciones reales y otras, incluso si eso permanece bajo unas formas atenuadas, cuanto más sigue eso, más va tomando eso un sentido muy diferente, y más eso se vuelve sometido a las transformaciones de la ciencia, más es lo que domina toda nuestra vida cotidiana y hasta la incidencia de nuestros objetos *a*. No puedo [seguir con esto] ahora, pero si hay uno de los frutos más tangibles, que ahora pueden ustedes palpar todos los días, de lo que son los progresos de la ciencia, eso es que los objetos *a* corren por todas partes, aislados, solitos y siempre listos para capturarlos en la primera vuelta de esquina. Con esto no aludo a otra cosa que a la existencia de lo que llamamos los *mass-media*, a saber, esas miradas errantes y esas voces retozonas por las que ustedes están muy naturalmente destinados a estar cada vez más rodeados — sin que haya para soportarlas otra cosa que [lo que está interesado] por el sujeto de la ciencia que se las vierte en los ojos y en las orejas.

Pero eso tiene su contraparte — ustedes todavía no se dieron cuenta, aunque hayan atravesado — a pesar de todo, cierto número de ustedes que no tenía solamente un año o dos en ese momento, pero, ciertamente, se produjeron no pocas cosas — esto es que, probablemente en razón de esta estructura profunda, los progresos de la civilización universal van a traducirse, no solamente por un cierto malestar, como ya se había dado de cuenta de ello el señor Freud, sino por una práctica, que verán que va a volverse cada vez más extendida, que no dejará ver inmediatamente su verdadero rostro, pero que tiene un nombre que, aunque se lo transforme o no, siempre querrá decir lo mismo y que va a suceder: *la segregación*.

Los señores nazis, ustedes podrían tener para con ellos un considerable reconocimiento por eso, fueron unos precursores, y además tuvieron inmediatamente imitadores, un poco más al Este, en cuanto a lo que es concentrar a la gente — esto es el tributo de esta universalización en tanto que ella no resulta sino del progreso del sujeto de la ciencia.

Es precisamente en tanto que ustedes son psiquiatras que podrían tener algo que decir sobre los efectos de la segregación, sobre el verdadero sentido que tiene eso. Porque saber cómo se producen las cosas permite muy ciertamente darles una forma diferente, de un impulso menos brutal y, si ustedes quieren, más conciente, que si no se sabe a qué se cede, vuestra... lo que ustedes representan, si puedo decir, en la historia, y como las cosas van rápidas, lo que se verá muy rápidamente, no sé, quizá en unos pocos treinta o cincuenta años, es que ya había, antiguamente, algo que se llamaba el cuerpo de los psiquiatras, y que se encontraba en una posición análoga a lo que habrá entonces que inventar para comprender de qué se tratará en las mudanzas que van a producirse y a niveles sobre los cuales ustedes pueden contar, que serán planetarios, en lo que se producirá a nivel de esas iniciativas constituyentes de una nueva repartición [interhumana] y que se llamará: el efecto de segregación. En ese momento el historiador dirá: Dios mío, los queridos psiquiatras, en efecto, nos dan un modelo de lo que podría haberse hecho en ese momento como cogitación que hubiera podido servirnos, pero en verdad no nos lo han dado, porque en ese momento dormían, dormían, ¿por qué? Dios mío, porque ellos jamás vieron bien claramente de qué se trataba en su rela-

ción con la locura a partir de cierto período; ellos no lo vieron, Dios sabe por qué, se dirá, no lo vieron justamente porque tenían medio para verlo. Simplemente porque el psicoanálisis estaba ahí, y porque el psicoanálisis es demasiado difícil. ¿Por qué es demasiado difícil? Porque el psicoanálisis, ellos hicieron de él, después de todo, algo que más bien podremos llamar un medio de ascenso social. ¿De ascenso social a qué? Oh, Dios mío, a algo que no es muy complicado: yo he hablado mucho con mis colegas norteamericanos, de cuestiones de técnica, por ejemplo, y, lo que les parecía decisivo para el mantenimiento de ciertos hábitos, de ciertas costumbres, de una cierta rutina, y bien, señores, ellos lo decían: era su tranquilidad; nada les parecía más decisivo para motivar la manera, por ejemplo, con que es levantada o cerrada la sesión, que el hecho de que ellos podrían estar absolutamente seguros de que a las cinco menos diez ellos tomarían tranquilamente su whisky. Les doy mi palabra de que no exagero. Para decir todo, todavía hay muchas otras cosas para el reposo en el psicoanálisis tal como está organizado actualmente, aunque más no fuere por esta especie de progresión, de incita... de ascenso seguro a posiciones que se consideran como tanto más eminentes cuanto que uno es supuesto detentar un saber que los otros, los pequeños, los novicios, en fin, aquéllos a quienes todavía no se le habría dado... en fin... la *baraka*, la bendición, no tendrían. Mientras que en muchos casos está completamente claro que alguien recién salido de su psicoanálisis es capaz de ver cosas que el psicoanalista veterano, ¿no es cierto? — quien desde hace rato ha tenido tiempo para olvidar completamente su experiencia, que he llamado precaria — deja pasar tranquilamente.

Entonces, es muy cierto que, en todo eso, yo podría pensar que, después de todo, no he hablado para obtener con ello grandes resultados. Aunque he hablado tanto tiempo, es claro que todo un orden de costumbres en cuanto a la transmisión de la experiencia psicoanalítica se comprueba no solamente no alterarse para nada, sino que conserva todo su prestigio, todo su poder de atracción sobre los jóvenes genios que son cosquilleados por las ganas de consagrarle su existencia. Sí, en verdad, yo podría pensar que, en efecto, he hablado largamente, y hablado para no gran cosa, si finalmente queda este obstáculo que me permitirá, será fácil, mostrar la misma ausencia de progreso en lo que concierne a las verdades analíticas, que aquellas que había designado recién en la experiencia psiquiátrica.

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

Evidentemente, no basta con servirse de mi vocabulario para poner de relieve, en fin... unas cosas que se decían antes de mí de otro modo, para que eso tenga el menor efecto sobre lo que es *efectivamente* la práctica psicoanalítica. Sí, incluso no basta, diré, con repetir de una manera, tampoco simplemente de vocabulario — ustedes comprenden, incluso uno ya no se da cuenta de ello, pero, en fin, desde hace un tiempo, el deseo... la demanda... se ha olvidado completamente que nadie había hablado del deseo y de la demanda antes que yo haya enseñado a que se los distinga — pero esto no tiene ninguna importancia, porque se puede hablar del deseo y de la demanda y eso puede no tener ningún tipo de efecto en la práctica analítica, incluso tampoco el más pequeño comienzo de iluminación en el pensamiento del psicoanalista que los emplea. Se puede también transcribir más inteligentemente, si puedo expresarme así — hoy quisiera darles una teoría inteligente, pero, ustedes ven, estoy desbordado por el tiempo — se puede hablar más inteligentemente de lo que yo cuento, e incluso transcribirlo de una manera mucho más interesante. Hay ahí una pequeña cosita, cuyo descubrimiento sólo he hecho recientemente, y que se las comunico así, porque estoy de buen humor — eso no forma parte de mi plan; he observado eso después de que yo haya — debo decirles que en seguida he formulado como principio, al comienzo, que no hay propiedad intelectual — eso lo he dicho siempre, lo he dicho desde los primeros días, desde los primeros minutos de mi enseñanza¹⁴ — en fin, ¿no es cierto?, lo que yo cuento, ¿por qué no lo retomaría algún otro?, e incluso, si quiere retomararlo como siendo de él, no veo en ello absolutamente ningún obstáculo. En este orden de cosas, ¿por qué se diría que eso pertenece al Señor Fulano? Pero, vean, [en función de un objetivo] secundario, he vuelto sobre mis posiciones.

Están, pues, los que hacen eso, y luego, bueno, uh... en fin... está bien, hecho apropiadamente... los hay muchos ahora, eso se hace mucho... en fin... algunos de mis alumnos piensan que incluso, en fin, ahora... sí... “Bueno, ¡ahora hagamos otra cosa! La doctrina de Lacan,

¹⁴ “...si hay por lo menos un prejuicio del que el psicoanalista debería desprenderse por medio del psicoanálisis, es el de la propiedad intelectual” — cf. Jacques LACAN, «Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud» (Sainte-Anne, 1954 – *La Psychanalyse*, 1956), en *Escritos I*, p. 379.

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

y bien, se sabe que es verdadera, está establecida, se da por adquirida... después de todo, ¡todo el mundo está de acuerdo!, está en circulación!”... sí...

Hay una cosa muy impactante, y es que aquéllos que hacen muy bien el trabajo de la transmisión, *sin citarme*, regularmente pierden la ocasión que es a menudo visible, así, que aflora en su texto, ¡de efectuar justamente el pequeño hallazgo que podrían hacer más allá! Pequeño, o incluso grande. Porque, por supuesto, yo no he tenido tiempo para decir todo, para amonedar todo, en fin, no crean que, en tanto que yo viva, podrán tomar ninguna de mis fórmulas como definitiva, todavía tengo otros truquitos en mi bolsa de malicias. Y algunas veces nada es más visible que el hecho de que ellos están muy cerca de encontrarlo antes que yo, y cuánto placer me daría eso, que un tipo haga un hallazgo en mi bolsa de malicias antes que yo [risas]. ¡Y bien, de ningún modo! Ellos no me citan, ¿por qué? — Para que todo el mundo crea que es de ellos. Están tan fascinados por ese hecho, porque quieren haber sido ellos quienes lo hayan dicho — todo el mundo sabe efectivamente que es mío, pero poco importa — que eso les impide dar el pasito siguiente — no puedo — se hace tarde esta noche — hubiera podido aportarles unos ejemplos, y después de todo, no quiero ser malo, ¿no es cierto? [risas en la sala] entonces... sí... ¿Y por qué, por qué harían ellos el pequeño hallazgo, eh, si me citaran? No es porque me citarían, sino porque, por el hecho de citarme, presentificarían — es lo mismo que para los nombres propios en un psicoanálisis, que ustedes saben que es tan útil que la gente los diga. Ellos evocarían *el contexto*, a saber, el contexto de pelea en el cual yo impulso todo eso. Por el sólo hecho de enunciarlo en ese contexto de pelea, eso me remitiría a mi lugar, eso les permitiría, a ellos, hacer justamente el pequeño hallazgo posterior, y decir: “pero, veamos, eso... es groseramente incompleto, ¡se puede decir algo tanto más inteligente!”... Pero vean, pero vean, hay un obstáculo, así, que hace que... que hace que — eso tiene cierta relación, en fin... Les explicaré eso en otra ocasión, eso se llama *la alienación* — ¿no es cierto? [risas]. Hay cosas así, ustedes comprenden, que... en las cuales no se tiene elección. La última vez que les dí un breve discurso, les hablé de una cosa divertida, así, sobre el psicoanálisis, que ha pasado, porque, en el fondo, ¡todo lo que yo digo pasa! Puedo decir todo lo que quiera, en fin, ¿no es cierto?! Eso no les da frío ni calor... Hablé de la tontería y de la canallada, así, entre otras cosas... Y bien, el psicoanálisis — no puedo desarro-

Breve discurso a los psiquiatras, el 10 de Noviembre de 1967

llárselos esta noche — es un dominio completamente extraordinario y específico, eso es lo que podría, de hecho, hacer pensar que es verdaderamente de la naturaleza de la ciencia, todavía no me había atrevido a decirlo: esto es, que la canallada no tiene en él ningún lugar. No puede manifestarse en él. Entonces, es como ustedes saben, para la bolsa o la vida, ¿eh?, no se tiene elección... Uno elige naturalmente la vida: uno queda desmochado en cuanto a la bolsa. Bien, ahí donde no se puede elegir, eso es lo que yo llamo la alienación — ustedes ven, llegamos con eso a una definición muy distinta que la corriente — ahí donde no se puede elegir la alternativa se elige forzosamente la tontería, un poquitito desmochada de canallada.

Bueno, hasta la vista.

establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE

para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES